

SOBRE COMUNICACIÓN-EDUCACIÓN. MÁS ALLÁ DE LAS OBSESIONES PEDAGÓGICAS POR LA ESCOLARIZACIÓN DE LOS MEDIOS.

Entrevista a Jorge Alberto Huergo¹

El campo académico de educación-comunicación en América Latina tiene en el profesor argentino Jorge Alberto Huergo a uno de sus más destacados representantes. Sus trabajos se orientan a partir de la filosofía de Foucault, la sociología de Pierre Bourdieu, las pedagogías críticas, en particular, la perspectiva de Peter McLaren. En el ámbito latinoamericano su trabajo se inscribe en la perspectiva educativa/comunicativa, desde los contextos político-culturales, que inauguraran Paulo Freire, Francisco Gutiérrez y Mario Kaplan y que en las dos últimas décadas, con el desarrollo de los estudios en comunicación, se ha convertido en un espacio estratégico para pensar e investigar las complejidades de la sociedad de hoy. Por eso la propuesta de Huergo apunta a desentrañar las prácticas culturales en relación con los procesos de comunicación y educación, en los que se privilegia la experiencia de los sujetos implicados, sus escenarios, tiempos y espacios. De allí que su proyecto teórico se nutra de sus investigaciones y trabajo con las comunidades. De esto último y otros aspectos trata la presente entrevista que fue posible

aprovechando su paso por Bogotá, en su condición de profesor visitante de universidades colombianas.

Tomás Antonio Vásquez. ¿De dónde viene la necesidad de vincular la educación y la comunicación como campos académicos de trabajo?

Jorge Alberto Huergo. En principio esta necesidad viene de los procesos sociales que se viven, es decir, los procesos sociales y culturales creo que son los que deben interpelar el crecimiento y la profundización académica. Entonces, si en los procesos sociales y culturales la comunicación y la educación están articuladas, ¿por qué no hacerlo en la perspectiva académica? Si mantuviéramos separadas las dos disciplinas estaríamos haciendo hincapié en los objetos de las disciplinas y no en los procesos que realmente se viven.

T.A.V. Usted que ha sido un pionero en la construcción del campo académico de comunicación/educación en América Latina, ¿cómo percibe hoy su desarrollo en lo teórico, lo práctico y lo investigativo?

J.A.H. En este momento hay un fuerte divorcio entre todo un sector del campo de comunicación-educación que antes se llamaba popular y que hoy adquiere otras denominaciones, como por ejemplo, la comunicación-educación comunitaria, alternativa o ciudadana. Este campo se está desarrollando. En cierto sentido, está buscando cuestionamientos sobre conceptos y teorías que le sirvan para poder definir sus acciones en una época de crisis continental. Por otro lado, uno ve que el campo académico, fundamentalmente, está desarrollándose alrededor de la enseñanza, la investigación y la producción teórica clásica, de alguna manera le está dando la espalda a ese otro sector del campo, y lo hace porque ha insistido demasiado en trabajar -cosa que yo no creo que haya que abandonar-la relación escuela-medios y nuevas tecnologías. Yo veo allí una cuestión que hay que superar estratégicamente, por el potencial político y cultural que tiene la educación-comunicación popular. Este es uno entre otros problemas que parecen mantener en un cierto empantanamiento la relación educación-comunicación y que constituyen un desafío.

¹ Profesor de filosofía y pedagogía. Magíster en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales. Director del Centro de Comunicación y Educación y del Programa de Investigación en Comunicación y Educación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina. Docente de posgrados en diversas universidades de América Latina. Desarrolla actividades con organizaciones sociales y populares, y es miembro del equipo coordinador de la formación de formadores en Comunicación/Educación Popular. Entre sus obras se destacan: *Cultura escolar, cultura mediática/intersecciones*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 1999, y *Hacia una genealogía de comunicación/educación. Rastros de algunos anclajes políticos-culturales*. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad de la Plata, La Plata, 2005.

* Filósofo. Magíster en sociología de la educación. Profesor de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá. tomvasquez@hotmail.com.

Texto recibido el 18 de octubre de 2005 y aprobado el 2 de noviembre de 2005.

T.A.V. A partir de lo anterior encontramos unos nuevos escenarios y al mismo tiempo unos retos para el campo de la educación-comunicación.

J.A.H. Exactamente. Así como uno puede decir que este sector del campo que es la comunicación-educación popular está creciendo, está replanteándose, indudablemente que esto no ocurrió con respecto a la narrativa dependencia-liberación que hace unos treinta años fue la marca fuerte de la situación de opresión como configuradora de los procesos de educación-comunicación, sino que adquiere una riqueza mucho mayor y tiene mucho que ver con la proliferación de múltiples espacios que se van conformando a partir de lazos sociales, de micro contratos sociales y que, de alguna manera, tienen una dimensión educativa y comunicacional muy fuerte y reclaman el acompañamiento de la universidad.

T.A.V. Usted se ha referido a una percepción que pretende agotar y reducir la educación-comunicación sólo al espacio escolar. ¿Cómo ve esta tendencia respecto al compulsivo uso escolar de los medios y las nuevas tecnologías?

J.A.H. Allí hay un problema central, y es cuando a los medios y a las nuevas tecnologías solamente se les considera como aparatos e instrumentos vinculados con una pedagogía, que puede ser la pedagogía clásica o una pedagogía crítica. Lo que preocupa es que no se alcanza a percibir el papel transformador de los medios y las nuevas tecnologías, es decir, cómo ellos han transformado la cultura en general, pero, cómo, además transforman las disposiciones subjetivas, es decir las disposiciones perceptivas. En este sentido creo que hay todavía algo para trabajar, y no digo que esté ocurriendo, porque en las prácticas uno observa que lo que se está trabajando es meramente una especie de escolarización de los medios y las nuevas tecnologías, es decir, situarlos, encapsularlos, en todo lo que han sido las obsesiones pedagógicas, esto es cómo trabajar con

mayor velocidad, claridad, eficiencia, etc.; todo en la búsqueda de innovaciones educativas. En la pedagogía, en definitiva, los medios y las nuevas tecnologías quedan sometidos a ese régimen y no se mira todo lo que tienen de capacidad transformadora, en las culturas juveniles, en los sujetos, en los tiempos y espacios, en los modos de percibir el mundo y, a partir de allí, mirar y empezar a trabajar los nuevos modos de leer y escribir el mundo.

T.A.V. Se ha dicho y repetido de distintas maneras, que la institución escolar está en crisis. ¿Cómo se relaciona esta crisis con la cultura mediática?

J.A.H. Creo que ahí hay dos cuestiones. En primer lugar, la crisis de escuela tiene que ver, ante todo, con proyectos históricos-políticos que se han desarrollado en América Latina en los últimos tiempos, tal como el neoliberalismo que ha apuntado muy fuertemente a socavar las bases de la escuela y hacerla, de alguna manera, recurrir a sus peores rasgos. Por otro lado ha presionado a los actores escolares, sin darle demasiados elementos, para que transformen el escenario escolar. Esto se ve claramente en el caso de los maestros. A ellos no se les han abierto los espacios necesarios para readecuar su tarea a las nuevas condiciones de época. De otra parte, no creo que los medios hayan incidido directamente en la crisis de la escuela. Más bien lo que ha ocurrido es que la escuela se ha quedado rezagada respecto a ciertas transformaciones culturales, y en este sentido, corre el riesgo de estar tan inadecuada a estos tiempos que en realidad parece que estuviera formando sujetos y ciudadanos para otras épocas. Y esto no se resuelve solamente apuntando a la transformación y renovación de la escuela. También tiene mucho que ver con cómo se plantean los proyectos de país y, para esos proyectos, cómo trabaja la escuela, y en función de esto repensar estas relaciones con las transformaciones de la cultura.

T.A.V. Usted introduce el concepto de *nomadismo* en la relación educación-comunicación. ¿Cuál es el sentido de este concepto y su pertinencia en este campo?

J.A.H. Fundamentalmente ayuda a percibir cómo en la cultura urbana actual, pero también en otras culturas, como las aborígenes o campesinas, hay ciertos rasgos nómadas. Ayuda a percibir cómo la sociedad toda se transforma en una sociedad educadora, en el sentido en que las organizaciones y los espacios sociales están adquiriendo una dimensión educativa, que en este momento es clave y que hay que reconocer que los diferentes espacios interpelan la formación subjetiva de distintas maneras, y pugnan entre sí; entre ellos, el espacio escolar, el espacio mediático, el espacio callejero, el espacio comunal, el espacio del mercado, y cada uno desarrolla los discursos interpeladores que están, de alguna manera, presionando a los sujetos todo el tiempo y lo que uno ve es que ellos entran y salen, como es el caso de las culturas juveniles que entran y salen con respecto a esos polos, se identifican con algunos de esos rasgos y en función de eso forman su subjetividad. Entonces, esto hay que reconocerlo, puesto que es algo que está ocurriendo de diversas maneras según las condiciones de cada país, pero de algún modo, si no lo reconocemos no podemos actuar en un proyecto global, educativo y comunicacional. Este nomadismo es un rasgo de nuestra cultura que debemos reconocer para empezar a desarrollar un pensamiento educativo adecuado.

T.A.V. Lo anterior se articula con la idea de nomadismo y con los espacios y los tiempos. ¿Cómo se relaciona esto cuando abordamos los escenarios y sujetos de la comunicación-educación?

J.A.H. Creo que esto, de algún modo, implica que debemos situarnos de otra manera frente al tiempo y al espacio que se está viviendo culturalmente. No se trata de que el investigador o



el profesor universitario lo haga, sino que pueda hacer una reflexión el mismo sujeto que se forma en esas coordenadas espaciotemporales. Aquí hay un fuerte trabajo con respecto, no solo al diseño de los nuevos espacios, sino también a las formas de recorrerlos y a los significados que esos espacios tienen. Y en este trabajo debemos acompañar en su reconocimiento a los mismos sujetos que formamos. Por otro lado, el tipo de vivencia que se tiene del tiempo. Es un tiempo no solamente cultural, sino que ha sido provocado también por múltiples instancias ligadas a la globalización y al neoliberalismo, la imposibilidad de trabajar a futuro, de formar un ser para el futuro, tiene mucho que ver con el quiebre del futuro con respecto al proceso de formación, es decir, si no hay una articulación del mundo del trabajo con la formación para el trabajo, entonces allí se presenta un desfase que hace que el tiempo se viva meramente en el presente.

T.A.V. Usted le apuesta al diálogo como alternativa y estrategia pedagógica para abordar los espacios múltiples de la educación. ¿Pero cómo asumir esta idea de diálogo que, por lo general en el ámbito escolar, se esquematiza tanto al punto de quedar reducida a acuerdos o consensos formales?

J.A.H. Es cierto. Generalmente la idea de diálogo en la escuela ha quedado atrapada por la idea del contrato social, es decir, el diálogo vinculado al acuerdo, a la armonía, incluso a cierta forma jurídica que hace que uno piense que está instalando espacios de diálogo en la medida en que esto implica una gestión participativa del gobierno escolar. Creo que eso es bueno. Pero a lo que me refiero es, por un lado, al reconocimiento de cómo se da el diálogo en la cultura, es decir, cómo se expresan las diferentes voces, pero además, cómo en esa expresión de las diferentes voces el diálogo es conflictivo, no es armonioso, no es un diálogo en que el acuerdo sea lo que privilegia, sino que muchas veces es la puesta en

común del conflicto lo principal, por eso Paulo Freire señalaba que el diálogo es encuentro, pero no decía si este encuentro era un encuentro armonioso. En segundo lugar, en los antagonismos sociales que hoy se viven, antagonismos de clase, generacionales, sexuales, de géneros, etc, es interesante observar cómo el diálogo, de alguna manera permite, no solucionar el antagonismo, pero sí posibilita las construcciones sociales relativamente comunes. Entonces, estas construcciones no significan el aplanamiento de las diferencias, pero sí que se pueda construir un mundo común con esas diferencias, con el reconocimiento de ellas, con el reconocimiento de las diferentes voces, y que esto no implique que haya algunas voces, como la voz de la didáctica, la voz de un cierto saber, la voz del adulto, etc, que son las voces que deben ser privilegiadas. Yo creo que hay posibilidades de ir trabajando en este camino. En esto podría mencionar muchas de nuestras experiencias, por ejemplo, en pequeñas ciudades, a través de técnicas como el teatro comunitario, la radio comunitaria, la búsqueda de historias de vida de lo que tiene que ver con el encuentro entre jóvenes y ancianos en culturas aborígenes. Se trata, pues, de trabajar todo esto sin aplanar las diferencias y más bien ponerlas en común para que el antagonismo no termine siendo un enfrentamiento violento, sino una posibilidad de asumimos diferentes en una cultura múltiple, pero construyendo algún proyecto conjunto.

T.A.V. Esto nos da pistas para comprender la multiplicidad de prácticas comunicativas en nuestra cultura latinoamericana y se articula a la idea que usted retoma de Peter McLaren de *alfabetizaciones posmodernas*.

J.A.H. Efectivamente, es una idea que tiene que ver con esta proliferación de espacios y de polos educativos. En este contexto de nomadismo lo interesante es que ya no hay un modo de comunicación que produzca un tipo de percepción acerca de la realidad, sino que ahora parecen múl-

tiples modos de comunicación, entre ellos las narrativas audiovisuales y digitales que son de alguna manera las que van configurando fuertemente nuestras percepciones; pero no son las únicas, están situadas entre otras. Entonces, lo interesante es empezar a percibir cómo nosotros estamos leyendo y escribiendo el mundo, en un sentido amplio, no solamente a partir de la lógica escritural, la lógica del libro, puesto que la cultura ya no está situada sólo en esos espacios, sino que los múltiples espacios interpeladores incrementan, modifican y posibilitan diferentes lecturas y escrituras del mundo. A este proceso de aprendizaje de estas lecturas y escrituras del mundo, de incorporación subjetiva y desarrollo de ellas es a lo que podríamos llamar *alfabetizaciones posmodernas*. Rara vez uno encuentra que ellas sean tomadas por la escuela como un emprendimiento del que se haga cargo en un proyecto de formación de los niños y los jóvenes.

T.A.V. En el campo de educación-comunicación usted ha propuesto un giro epistemológico en el sentido de pasar de la educación para la comunicación a la educación en la comunicación. ¿Cuál es el significado de esta propuesta?

J.A.H. Lo que esta búsqueda de hace tiempo quiere significar, y que tiene que ver mucho con procesos de formación docente, es poner la atención en las complejidades de los procesos de comunicación desde las prácticas sociales. Aquí nos inspiramos en el pensamiento de Paulo Freire, quien sostiene que uno de los rasgos de la educación bancaria es el querer disciplinar la entrada del mundo en la conciencia como si la escuela fuera capaz de hacer un filtro, es decir, como si la escuela tuviera la posibilidad o la capacidad de configurar, incluso esquematizar, los modos de comunicar que vamos a tener después en la sociedad. Y esto es pensando el tiempo linealmente como si hoy la escuela siguiera siendo el laboratorio de humanidad que dijera Comenio para un ser que va actuar socialmente en

el día de mañana. Esto no ocurre así. En realidad la capacidad de la educación con respecto a la comunicación está, de alguna manera, invertida, es decir, hay una serie de relaciones, de procesos, de percepciones, de involucramientos, que el sujeto tiene respecto al mundo comunicacional, y eso es lo que pone dentro de la escuela como sujeto de aprendizaje. Entonces es inútil ya, a mi juicio, trabajar esta idea tan disciplinadora, tan controladora de los procesos de comunicación, puesto que lo que sí hay que empezar a mirar es cómo en los procesos, en las prácticas, en los escenarios de comunicación, de algún modo, se están formando los sujetos. De allí que haya que empezar a mirar cómo se da lo educativo en la comunicación, porque si perdemos de vista este aspecto estaríamos volviendo a una idea de escuela que se corresponde con un tipo de organización social que no es el de hoy, produciéndose así una brecha que termina siendo una inconmensurabilidad, esto es, situaciones que son absolutamente irreconciliables. Sostener esto significa volver apostar a la escuela pero con otro tipo de funciones adecuadas a la sociedad y a un proyecto de formación ciudadana y de autonomía que responda a las condiciones culturales de hoy.

T.A.V. ¿Cómo percibe usted los recelos y los cruces entre comunicadores y educadores, medios y escuela?

J.A.H. En esos cruces hay una enorme dificultad más allá del ámbito académico. Esto tiene que ver con las sociología de las profesiones, incluso tiene mucho que ver con la profesión docente como una profesión degradada, devaluada, presionada, etc. Creo que estamos hablando muchas veces del docente como un personaje inadecuado para los tiempos, pero por otro no le estamos dando las herramientas para que se empodere en este momento. Lo que veo es que en ese ejercicio profesional hay cuestiones que no alcanzan a percibirse como la posibilidad de establecer un diálogo alrededor de una construcción común en la que

los diferentes perfiles y funciones profesionales también queden expresados y a la vez no se diluyan. Estos son procesos difíciles que deberían alentarse en las políticas públicas, pero también en los acompañamientos que hace la universidad en los procesos sociales, cuando los hace, porque muchas veces la universidad se repliega sobre sí misma y es como si hablara de la sociedad pero nunca hablara desde la práctica que realiza con la sociedad. A mi juicio hay un grave peligro cuando la universidad crece mucho en conceptualización, y a veces piensa que contribuye en el sentido de un derrame, como el que va derramando conceptos, miradas, pero no se pone a la par a trabajar con los diferentes actores sociales en la reconstrucción de una sociedad que, como la latinoamericana, está siendo saucada por el neoliberalismo, por los modelos norteamericanos de la nueva derecha. Ante esta situación tenemos que privilegiar, de alguna manera, el perfil político de la formación universitaria, de la investigación y de todas estas actividades que, en realidad, separadas de la sociedad no tienen sentido. Como decía uno de los grandes de la Escuela de Birmingham, E. P. Thompson, si lo que nosotros hacemos no sirviera para transformar la sociedad, tal vez no serviría para nada, sería tal vez una cosa de satisfacción individual, narcisista, pero que no tendría mucho sentido en la trama social tan compleja y conflictiva que estamos viviendo hoy.

T.A.V. Parecería existir una suerte de ensimismamiento de la universidad, sobre todo en asuntos tan vitales como la comunicación y la educación. A esto se le agrega ahora, con la presencia de la informática en la escuela, la emergencia de los ingenieros como nuevos sujetos en el área de las tecnologías de la comunicación en la escuela. Esto crea una barrera en los proyectos en los que se propone usar los computadores en la escuela puesto que se dificulta el diálogo entre maestros e ingenieros, en el que ninguno de los dos cede, no hay afectación mutua, ya que cada uno

quiere conservar, a toda costa, su saber y su territorio.

J.A.H. Claro y esto tiene que ver, como decía antes, con la sociología de las profesiones pues se trata de ver cómo han sido configuradas las profesiones en una época en la que está privilegiado el consumo y la competencia. Entonces, en una sociedad de consumidores y de competencias, lo que sale como posición profesional es conservar mi *terrenito*, mi *campito*, porque si no se pone en peligro mi lugar social. Quebrar esto no es tan sencillo como realizar un proceso micro, también tiene mucho que ver con cómo se piensan los modelos de sociedad, no sólo en la universidad, aunque ella también contribuye a esto, sino cómo se piensan políticamente. Lo que veo es que la crisis política es tan fuerte en América Latina y los pensamientos nacionales han estado tan quebrados en los últimos tiempos, que es un momento muy difícil para actuar.* Uno podría ser optimista, pero optimista bien informado. Esto no es pesimismo, me parece que hay que seguir trabajando en este *mientras tanto*, pero lo que hay que reconocer es que estamos en una época de crisis orgánica muy fuerte en la cual lo nuevo no está naciendo, digamos, orgánicamente, por ahora esta naciendo explosivamente, podríamos decir Entonces es una época en la que es necesaria la invención, el diálogo, la imaginación creadora, la apuesta a los sujetos, la confianza en el hombre y en la mujer. Todo esto me parece clave en este proceso, pero no va a terminar de cristalizar hasta que no podamos plasmarlo en un proyecto social, en un proyecto de escuela y país. Y esto no se puede inventar, por más que la universidad y los intelectuales trabajen en el sentido que quieran, puesto que no lo podemos imaginar en la circunscripción del escritorio, es una cuestión que tiene mucho que ver con la construcción social y popular. Al

* Indudablemente existen algunas experiencias nominales halagüeñas, pero por ahora no alcanzan a ser continentales.



respecto, creo que en América Latina ha habido momentos duros, críticos y fuertes en este sentido, y en los que la universidad supo ubicarse, con un papel político relevante, del lado de la construcción social y popular, y creo que hoy es el momento de empezar a repensar el papel de la universidad respecto a esta construcción.

T.A.V. Usted se ha referido a una época y ha utilizado algunos conceptos que hoy son mirados con mucha prevención y desconfianza en los espacios académicos, aunque en su momento fueron muy acogidos, por ejemplo, lo popular.

J.A.H. En el trabajo de campo de la antropología se usa el concepto de *reflexibilidad* (¿o *reflexividad*?) para examinar hasta dónde nuestras acciones son acciones de enriquecimiento, en el sentido del acompañamiento, de la apertura de espacios de reflexión, lo que aparta a este tipo de trabajo de cualquier viso de asistencialismo a la comunidad o de iluminismo que se encuentra con mucha frecuencia en las acciones directas de la universidad hacia la comunidad, como por ejemplo, en las prácticas ordinarias de capacitación. Aquí de lo que se trata es de potenciar espacios y de someterse a una mutua interpelación, porque nosotros tenemos mucho que aprender de esos espacios, incluso conceptualmente. Las observaciones, por lo menos las que yo hago, acerca de muchos movimientos vinculados con la comunicación-educación, digamos no hegemónica, creo que tienen mucho que ver con búsquedas teóricas, conceptuales, con las construcciones de nociones para poder comprender lo que está sucediendo. Y son esfuerzos muy encarnados, podríamos decir, muy dramáticos, en algunos casos. Entonces, me parece que es una picardía que la universidad no esté acompañando esos procesos.*

T.A.V. Es difícil hablar de comunicación-educación, más allá de la escuela sin hacer referencia al desordenamiento de la sociedad producido por los flujos de información y la velocidad dinamizados por las nuevas tecnologías de la información. ¿Cómo articular esto hoy con los espacios y los sujetos populares?

J.A.H. Eso debe ser también un objeto de diálogo y de aperturas de espacios de discusión acerca del sentido que tiene este tema hoy. Reconozco el fenómeno de los flujos y de la velocidad de la cultura de nuestro tiempo. Pero hay un tema clave que tiene que ver mucho con el incremento de la potencialidad de estos espacios de comunicación-educación popular que es la información. En muchos de estos espacios se asume la información como un elemento clave que con frecuencia impide un posicionamiento y una incidencia en la sociedad mucho mayor, fundamentalmente aquella información que tiene ver con los problemas globales y su incidencia en el ámbito local. En este sentido, por lo menos lo que yo vengo observando, es una fuerte preocupación en trabajar la contra información, es decir, una información que nos saque de esto que un proyecto social quiere invisibilizar o quiere, de algún modo, metaforizar, a través de figuras como el terrorismo internacional. Esto es un elemento clave que viene con la llamada *sociedad del conocimiento*, más allá de todo lo que tiene que ver con las dinámicas culturales de esa sociedad. Es más, me parece que éstas dinámicas culturales no se pueden ver solamente en el ámbito urbano. Cuando uno trabaja con comunidades aborígenes y campesinas ve los impactos transformadores que ha tenido esto en la vida cotidiana en zonas que no son para nada urbanas. De alguna manera los sujetos siguen siendo sujetos de esa cultura. Entonces, se trata también de empezar a

poner énfasis en las potencialidades que tiene, por ejemplo, la Internet, en cuanto a la obtención de información relevante respecto a los problemas que son objeto de lucha de estos grupos.

T.A.V. Aquí nos ayudaría mucho el concepto de mediaciones...

J.A.H. Exactamente. El concepto de mediaciones y el concepto de apropiación. Hay un pedagogo brasileño, Dermeval Saviani, que dice que "la educación popular tiene que provocar que el dominado domine lo que domina el dominador". Trataré de ilustrar esto con una experiencia. En una oportunidad trabajé en un proceso de capacitación para instalar una radio comunitaria con cuarenta y dos comunidades aborígenes en el norte de Argentina y fue muy llamativo el proceso. Primero, por la relación que se establecía entre los jóvenes y los ancianos, y cómo los jóvenes en el primer momento se pusieron en una situación de diálogo con los ancianos, fundamentalmente, por las estrategias de supervivencia antiguas que ellos no conocían de manera suficiente, entonces les pidieron que armaran un programa de radio. La experiencia nos mostró cómo los medios pueden provocar una situación de diálogo en el marco de esos antagonismos. Lo interesante fue ver cómo los jóvenes se integraron a la comunidad alrededor de las nuevas tecnologías de la información y el trabajo comunitario. A unos doscientos kilómetros de allí queda una ciudad donde hay posibilidad de conexión a Internet, porque, por supuesto, en el lugar donde trabajábamos no hay Internet, o mejor, si hay una sola línea telefónica, pero es de una persona que tiene un negocio y que tiene cierto poder en esa zona. Los jóvenes que con frecuencia viajaban a ese lugar, empezaron a crear direcciones electrónicas y nosotros que vivíamos mil kilómetros de allí recibíamos cada cierto tiempo correos electrónicos que tenían que ver con el proceso de seguimiento de la radio. Este es un ejemplo de cómo se van provocando formas de trabajo novedosas que no implican tener que estar ahí.

* Son procesos que todavía se denominan comunicación/educación popular o comunitaria, ciudadana, alternativa, no

hegemónica, donde "lo popular" adquiere nuevos sentidos, producidos desde los mismos escenarios y sujetos de la comunicación/educación popular.